

proletarios han surgido dudas respecto al método empleado por los rusos y que según ellos debería llevar al comunismo. Es el conocido método que puede ser resumido así en pocas palabras: la clase obrera expropia a los expropiadores y da al Estado la dirección de los medios de producción. El Estado organiza las distintas ramas de la industria y las pone al servicio de la colectividad como monopolio de Estado.

En Rusia, la cosa se desarrolló de manera que el proletariado se adueñó de las empresas y las llevó adelante bajo su dirección. El partido comunista, como detentor del poder estatal, promulgó líneas de orientación según las cuales las empresas deberían agruparse en Consejos comunales, de distrito y de provincia, para poder fundir toda la vida industrial en una unidad orgánica. Así, el aparato productivo se construyó gracias a la fuerza viva de las masas. Era la expresión del empuje hacia el comunismo que vivía en el proletariado. Todas las fuerzas estaban orientadas hacia la centralización de la producción. El tercer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Nacional² afirma:

«La centralización de la dirección de la economía es el método más seguro en manos del proletariado victorioso para un desarrollo más rápido de las fuerzas productivas en el país... Al mismo tiempo es la condición primera para la construcción socialista de una economía y para la integración de las empresas más pequeñas en la unificación económica... La centralización es el único modo de prevenir una fragmentación de la economía». —A. Goldschmidt, *Die Wirtschaftsorganisation Soviet Russlands* (La organización económica de la Rusia soviética). p. 43³

Como era claro que al principio, el dominio y la dirección de la producción pertenecían a las masas, resultó como consecuencia necesaria que el poder de decisión pasase a las organizaciones centrales. Mientras al principio los directores, los soviets comunales, etc., eran responsables ante las masas de trabajadores, ante los productores, ahora éstos dependían de la dirección central que

² El primer Congreso Pan-ruso de los Consejos de Economía Nacional se desarrolló del 26 de mayo al 4 de junio de 1918; el segundo del 19 al 28 de diciembre de 1918 y el tercero en 1920.

³ Este libro, publicado en Berlín en 1920, fue escrito en base a la experiencia del autor.

dirigía todo. Al principio responsabilidad frente a la base; ahora responsabilidad frente al vértice.

Así tuvo lugar en Rusia una enorme concentración de las fuerzas productivas, como no se ha visto nunca en ningún otro país. ¡Ay del proletariado que deba emprender la lucha contra un aparato de poder parecido! Y, sin embargo, esto se ha vuelto realidad. No existe la más mínima duda: el trabajador ruso es un asalariado, un explotado; y deberá combatir por su salario contra el más gigantesco aparato que el mundo conoce.

Lo que nosotros queremos mostrar es que en esta forma de comunismo no es el proletariado quien tiene en sus manos el aparato productivo. Aparentemente es el dueño de los medios de producción, pero en realidad no tiene ningún derecho sobre ellos. La parte de la reserva de productos que el productor obtiene por el trabajo ejecutado, es determinada por la dirección central, que decide la cantidad basándose, en el mejor de los casos, en sus estadísticas. En realidad, así está determinada por un poder central la decisión de si se debe explotar más o menos. Aun cuando exista una dirección buena que distribuya los productos *con justicia*, queda siempre un aparato que se alza por encima del productor. La cuestión que se nos plantea ahora es saber si las cosas se desarrollan así en Rusia, debido a situaciones particulares, o si se trata de la característica de cualquier organización central de la producción y la distribución. Si éste fuese efectivamente el caso, la posibilidad de alcanzar el comunismo sería problemática.

2. Posiciones en el campo marxista

Salvo en Marx podemos encontrar en todos los autores que se ocupan de la organización de la vida económica en la sociedad comunista los mismos principios que vemos realizados en la praxis de los rusos. Tienen origen en el enunciado de Engels: «El proletariado conquista el poder estatal y ante todo declara los medios de producción propiedad del Estado»⁴. Después, comienza la centralización y construcción de organizaciones como aquéllas a las que han dado vida los rusos. Así, por ejemplo, escriben R. Hil-

⁴ Friedrich Engels, *Antidühring*.

ferding y Otto Neurath, cuyo pensamiento puede ser completado por toda una serie de «expertos en la materia».

Y Neurath es aún más claro:

«La teoría de la economía socialista conoce un solo ahorrador. La sociedad, que, sin cálculo de beneficio o de pérdida, sin circulación de dinero (sea dinero metálico o bonos equivalentes al trabajo), sobre la base de un plan económico, sin la determinación de una unidad de cálculo, organiza la producción y distribuye los papeles sociales según principios socialistas». —Otto Neurath, *Wirtschaftsplan und Naturalrechnung-Von der sozialistischen Lebensordnung und von Kommenden Menschen* (Plan económico y cálculo en especie— Del orden socialista y del hombre nuevo) p. 7⁵.

Cualquiera ve que llegan a una construcción igual a la rusa. Supongamos que estas construcciones sean efectivamente realizables (afirmación que nosotros contestamos), y que el poder ejecutivo central distribuya la masa de los productos *correctamente según el nivel de vida*; aún así, a pesar de que el mecanismo de la producción y la distribución funcione sin obstáculos, permanecería el hecho de que en realidad los productores no tendrían el control sobre el aparato productivo. No sería el aparato de los productores si no el aparato *por encima* de los productores.

Esto no puede traer otra cosa que una fuerte opresión frente a los grupos que estén en contraste con esta dirección. El poder económico central es al mismo tiempo poder político. Todo elemento de oposición, que desease soluciones distintas de las de la dirección central, tanto en el campo político como en el económico, será machacado con todos los medios del ingente aparato. Así la asociación de los productores libres e iguales anunciada por Marx se transforma por el contrario en un Estado basado sobre el trabajo forzado, como no se conocía otro.

Los rusos, y no menos que ellos, todos los demás teóricos, se definen marxistas y naturalmente explican su teoría comunista como realmente marxista. Pero en realidad no tienen nada que ver con Marx. Se trata de economía burguesa, de dirección capitalista, de dominio sobre los productores. Los economistas y los líderes, con su sabiduría, son contemplados por las masas como el

⁵ Editado en Berlín en 1925.

templo inalcanzable de los milagros. La sabiduría sería entonces propiedad exclusiva de los grandes hombres, de los cuales irradia la luz de la nueva sociedad. Es bastante claro que así los productores no tienen en sus manos el dominio y la dirección de la producción y que ésta es una concepción más bien sorprendente de la «asociación de productores libres e iguales» de Marx.

Todos los programas de este tipo conservan los vestigios de la época en que han surgido: la época del mecanicismo. El aparato productivo se ve como un mecanismo complejo y delicado que trabaja por medio de miles y miles de ruedas. Las partes del proceso productivo se engranan como trabajos parciales y separados a lo largo de la cadena de montaje de las modernas empresas (Ford). Y aquí y allá están los que dirigen el mecanismo productivo, que establecen el funcionamiento de las máquinas por medio de sus estadísticas.

Estos programas mecánicos parten del presupuesto erróneo de que el comunismo es ante todo, una cuestión técnico-organizativa. En cambio, se trata de una cuestión económica, que considera cuál debe de ser la relación fundamental entre productor y producto. Por ello, contra esta concepción mecanicista, nosotros afirmamos que es necesario encontrar una base sobre la cual el mismo productor pueda construir el edificio de la producción. Esta edificación es un proceso de abajo arriba y no de arriba a abajo. Es un proceso de concentración que cumplen los mismos productores y no un maná que cae del cielo sobre nosotros. Teniendo en cuenta las experiencias de la revolución y siguiendo las indicaciones de Marx, podemos proseguir un buen trecho por este camino.

3. Nacionalización y socialización

Aunque Marx no ha dado ninguna descripción de la sociedad comunista, éstos constatan que el proceso productivo se socializa cada vez más, el libre productor de mercancías pasa a formar parte de sindicatos, trusts etc., y la producción es entonces, efectivamente «comunista».

«La superación del modo de pensar capitalista como fenómeno general, presupone un proceso generalizado. Es muy probable que

primero se abra camino el socialismo como ordenación económica, los socialistas se formarán por medio de la ordenación socialista y no a través de los socialistas. Todo esto estará por lo demás perfectamente de acuerdo con la idea básica del marxismo».
(Neurath, *Ibidem*, p. 83).

Cuando la economía sea socialista, deben ser cambiadas las relaciones de propiedad de manera tal que los medios de producción sean propiedad del Estado, y después...

«En lugar de la anarquía de la producción, se encuentra la regulación social planificada de la producción, correspondiente a las exigencias de la sociedad entera así como a las de cada uno...»
(Engels, *Antidühring*).

Continúan, en fin, construyendo sus sistemas sobre la base de esta organización planificada. Basta poner una nueva dirección al aparato productivo capitalista y ¡he aquí el comunismo!

Este tipo de solución del problema: que el proletariado deba dar a la producción sólo una nueva dirección, la cual, después con la ayuda de la estadística, haga todo mejor, encuentra su explicación en el hecho de que este tipo de economistas no ve el proceso de un progreso creciente de la producción como un proceso de desarrollo de las mismas masas, sino como un proceso que ellos —expertos en economía— llevarán hasta el final. No las masas trabajadoras, sino ellos, sus dirigentes, llevarán la fracasada producción capitalista al comunismo. Ellos poseen el saber, piensan, organizan y ordenan. La masa debe solamente aceptar lo que ellos con su sabiduría deciden. Saber que Marx sostenía la necesidad de la Asociación de productores libres e iguales, pero en contra de esta posición teórica se encuentran, de hecho, tanto los socialdemócratas como los comunistas. No es el Estado quien debe ser el jefe y dirigente de la producción y la distribución, sino que estas funciones deberían pertenecer a los mismos productores y consumidores. El reformismo ha distorsionado completamente la teoría en el curso de los años. Por eso, la lucha por las reformas sociales y el paso de diversas ramas de la industria a una dirección estatal o comunal constituye un constante acercamiento al comunismo. Cuando el capitalismo ha concentrado una rama de la producción hasta un punto tal que pueda funcionar como unidad completa bajo la dirección central, entonces esta rama está *en condiciones para la nacionalización*. Mientras la socialdemocracia reformista piensa alcanzar el comunismo mediante una nacionalización pro-

gresiva y gradual, la tendencia revolucionaria de Moscú mantiene como necesaria la revolución para alcanzar la nacionalización. La concepción de Moscú se apoya sobre la misma base que la de los reformistas. Así, durante y después de la revolución, las industrias *maduras* para la nacionalización son expropiadas por el Estado, mientras que la economía todavía se deja en manos del capital privado.

La revolución rusa se desarrolló totalmente de acuerdo con este esquema. En el año 1917 los productores empezaron a expropiar a los propietarios rusos en todos los sectores de la economía, con la intención de ordenar la producción y la distribución según principios comunistas. El proceso de expropiación partió de abajo, con grave escándalo para quienes querían conducir y dirigir la economía desde arriba. Se constatará después cómo la dirección económica había restituido muchas de las empresas expropiadas por los obreros a sus primitivos propietarios, al no haberlas encontrado maduras para una dirección comunista. El primer congreso Panruso de los Consejos de Economía Nacional tomó esta decisión.

«En el campo de la organización de la producción es necesaria una racionalización definitiva. Es necesario pasar de la nacionalización de las simples empresas (hasta ahora 304) a la nacionalización de toda la industria. La nacionalización no puede ser casual, pero puede ser emprendida sólo por los delegados con la ratificación del Consejo superior de la misma economía nacional.
(A. Goldschmidt, *op. cit.*, p. 42).

Aquí vemos el contraste entre el ideal de nacionalización de los socialdemócratas y la socialización de Marx.

De aquí nace también la contraposición entre empresas que están maduras para el comunismo y las que no, cosa que Marx probablemente ni siquiera hubiera soñado. Tiene de verdad razón F. Oppenheimer, cuando, en la antología de H. Beck con el título *Wege und Ziele der Sozialisierung* (Vías y objetivos de la socialización)⁶ en las p.p. 16-17, dice:

⁶ Se trata de un informe publicado por la editorial de la *Bund Neues Vaterlands* (Liga de la Nueva Patria) del ingeniero Hermann Beck, al congreso tenido del 27 al 29 de diciembre de 1918 en Berlín por la Liga de la Nueva Patria sobre la cuestión de la socialización. Tema específico de este Congreso fue "el carácter del todo insatisfactorio de la política de socialización del Gobierno". La crítica fundamental era que la comi-

«Se nos crea la ilusión de podernos acercar a la socialización marxiana paso a paso, definiendo la estatización de simples empresas como socialización. De aquí el misterioso término, de otro modo incomprensible, de «empresas maduras»... Para Marx, la sociedad socialista sólo puede estar madura en su conjunto. Las simples empresas o los simples sectores de la economía, para él, son tan poco maduros y socializables, para ser separados y llevar una existencia independiente, como los pequeños órganos de un feto en el cuarto mes de gestación».

«Este tipo de nacionalización conduce sólo a la construcción del socialismo de Estado; en éste el Estado aparece en realidad como único que emplea, el único que explota». —Pannekoek, *Socialisatie* (Socialización), en «Die Nieuwe Tijd» (La Nueva Epoca) 1919, p. 554 ⁷.

Se trata pues, de no inmovilizar la energía de las masas que tienden espontáneamente a socializar, sino de considerarlas células vivientes en el organismo económico comunista, cosa que solamente es posible después de la realización de bases económicas generales. Los mismos trabajadores podrán entonces adecuar las industrias a la sociedad en su conjunto, teniendo clara la relación entre productores y producto social. El único que, en este sentido llama al pan, pan, es, que nosotros sepamos, el reformista H. Cunow quien afirma:

«En efecto Marx, al contrario que la escuela de Cobden, quiere de nuevo, a fin de cuentas una rígida regulación del proceso económico. Y esto no por medio del Estado, sino por medio de una unificación de las libres asociaciones en la sociedad socialista». —H. Cunow, *Die marxistische Geschichts-Gesellschafts- und Staats-theorie* (La teoría marxista de la historia, de la sociedad y del Estado), vol. I. p. 30— ⁸.

sión para la socialización instituida por el gobierno socialdemócrata no tenía ningún poder real. En esta organización socialista se encontraban, entre otros, Otto Prange, Henryk Grossmann, Alfons Golschmidt y Magnus Mirschfeld.

⁷ Año XXIV, n.º 17. La Nueva Epoca se definía por entonces, «quin-cenal social-revolucionario» y estaba bajo la dirección de A. Pannekoek, H. Roland-Holst y W. Van Robenstein.

⁸ Berlín, 1920 vol. I: *Grundzüge der marxistischen Soziologie*. (Lí-neas fundamentales de la sociología marxista).

En el párrafo sobre *negación del Estado y socialismo de Estado*, Cunow, nos demuestra cómo la socialdemocracia alemana ha abandonado este punto de vista sólo muy lentamente. Al comienzo, el movimiento se oponía a las tendencias que querían poner bajo control del Estado algunas grandes empresas, como los ferrocarriles y las minas. Daremos sólo un ejemplo. En la página 310 de la obra antes citada leemos lo que dijo Liebknecht en un informe sobre (Socialismo de Estado y socialdemocracia revolucionaria): *Staatssozialismus und revolutionäre Sozialdemokratie*.

«Se quiere estatizar progresivamente una empresa tras otra. Esto quiere decir poner al Estado en el puesto de los empresarios privados, continuar con la estructura capitalista en la empresa, cambiando sólo el explotador... Este (el Estado) sustituye como contratista de trabajo a los empresarios privados y los obreros no ganan nada; además, el Estado consolida así su poder y su fuerza opresiva... Cuanto más reconoce la sociedad burguesa que a la larga no puede evitar el asalto de las ideas socialistas, tanto más nos acercamos al momento en que el socialismo de Estado será proclamado por la misma burguesía con gran fuerza.* La batalla decisiva que la socialdemocracia deberá llevar a cabo con este último será presidida por el grito de combate: ¡aquí la socialdemocracia! ¡allá el socialismo de Estado! ⁹.

Cunow constata que este punto de vista fue abandonado antes de 1900; y efectivamente, en 1917, K. Renner sostiene: «El Estado se transformará en la palanca del socialismo» —Ver *Marxismus, Krieg und Internationale* (Marxismo, guerra e internacional) ¹⁰.

Cunow está completamente de acuerdo con esto, pero en cual-

(*) Las palabras de Liebknecht eran proféticas. No en otra cosa se basan los crecientes corrimientos de amplios sectores de la burocracia europea hacia los PS desde los años 30 y hacia los PC en la actualidad e incluso la posibilidad de pactos como el compromiso histórico «italiano».

⁹ W. Liebknecht hizo este discurso durante el debate sobre el socialismo de Estado en el III Congreso del partido socialista alemán, S.P.D., después de la abolición de las leyes antisocialistas. (Berlín, noviembre de 1892).

¹⁰ Con su libro (publicado en Stuttgart en 1917), Karl Renner intentó justificar la política oficial de «unión sagrada» de la socialdemocracia alemana, y describió su utopía: «una potencia estatal mundial» sobre la base de Estados Socialistas».

quier caso, su mérito es haber demostrado claramente que todo esto no tiene nada que ver con Marx. Cunow reprocha a Marx la decidida contraposición entre Estado y Sociedad, contraposición que según él no existe, o al menos su base ya no subsiste.

Por medio de la nacionalización basada en la madurez de las empresas, como la realizada por los rusos, los teóricos bolcheviques han dado efectivamente un duro golpe al marxismo y han pasado así al concepto socialdemócrata que identifica el Estado y la sociedad. En Rusia esta contradicción se experimenta ya muy claramente. La sociedad *no* está en posesión de los medios de producción y del proceso productivo. Estos, en efecto, están en manos de una *clique* dominante, que «en nombre de la sociedad» (Engels), domina y dirige todo. Esto significa que suprimen de un modo hasta ahora desconocido a todo aquél que se opone a esta nueva forma de explotación. Rusia, que debería ser un ejemplo de comunismo, se ha convertido en el ideal del futuro para la socialdemocracia.

Nos hemos detenido en este tipo de nacionalización para demostrar que no tiene nada que ver con Marx y que de esta manera, el marxismo queda comprometido. De manera particular, después de la Comuna de París, aparece en Marx la concepción de que la organización de la economía se estructurará *no en base al Estado si no en base a la coordinación de las libres asociaciones de la sociedad socialista*. Habiendo descubierto las formas organizativas del proletariado en la lucha revolucionaria de clase por la conquista del poder económico y político, ésa es también la base sobre la cual se debe materializar históricamente la libre asociación en la sociedad.

4. La hora de trabajo socialmente medio en Marx y en Engels

Marx postulaba, pues, la creación de la «asociación de productores libres e iguales». Esta asociación no tiene, sin embargo, nada que ver con una asistencia recíproca montada en el aire, sino que por el contrario, tiene una base totalmente real. Esta base es el cálculo del tiempo necesario para la producción de los productos. Por comodidad, lo llamaremos de momento, cálculo de los costos de producción, si bien, como se verá enseguida, no tiene nada

que ver con el valor. Incluso Engels rebatió este punto de vista, como se puede ver seguidamente.

Sin embargo, Marx considera muy explícitamente la hora de trabajo como unidad de medida. Recordemos la conocida argumentación sobre «Robinson en la isla».

Vemos aquí que Marx, en una asociación de hombres libres, considera igualmente un cálculo de la producción, precisamente sobre la base de la hora de trabajo. Y donde Marx, en lugar de Robinson, pone a los «hombres libres», hablaremos de la contabilidad social en los siguientes términos: «El inventario contiene un índice de los objetos de uso que tenemos, de las diversas operaciones necesarias para su producción, y finalmente, del tiempo de trabajo medio que cuesta una cantidad determinada de estos diversos productos. Todas las relaciones entre los componentes de la sociedad y las cosas son aquí tan simples y transparentes que cualquiera las puede comprender».

Marx presupone esta contabilidad de toda la sociedad, solamente en un proceso productivo en el cual el trabajo sea social, y por tanto no importa que el comunismo esté aún poco desarrollado, que el principio «de cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad», esté ya realizado. Esto significa, en otras palabras, que la organización de la vida económica puede atravesar diversos estadios en los sucesivos períodos de su desarrollo, pero el punto fijo es siempre el tiempo de trabajo socialmente medio.

Y ya que él expresa claramente que la distribución puede asumir diversas formas en el transcurso del tiempo, se puede deducir que la cuestión antes citada, la entiende exactamente de esta manera.

Neurath deduce que en Marx el problema está planteado de manera tal que deja a nuestra libre elección *cómo* deben ser distribuidos los productos. Notable error, para un «conocedor de Marx», para el cual debería ser notorio que Marx no considera la «libertad», sino siempre y solamente dependencias funcionales. La libertad, en la elección de un cierto tipo de organización de la producción se mueve en los límites prescritos por la forma material del aparato productivo. A propósito de esto, existen algunas modificaciones, que ahora aclararemos.

Mientras Marx, podía exponer muy bien las categorías fundamentales del cálculo de la producción en la sociedad comunista, y

describe los modos de distribución sólo por medio de algunos ejemplos. Continúa pues:

«Sólo por hacer un paralelo con la producción de mercancías, decimos que la parte de los medios de subsistencia de todo productor debe estar determinada mediante su tiempo de trabajo. De esta manera, el tiempo de trabajo tendrá una doble función. Su distribución planificada de la relación justa entre las diferentes funciones de trabajo y las diferentes necesidades. Pero el tiempo de trabajo sirve al mismo tiempo como medida de la participación individual del productor en el trabajo social y por tanto, también de la parte de producto social que puede ser consumida individualmente. La relación entre hombres, trabajo y productos del trabajo queda extremadamente simple, tanto en la producción como en la distribución».

También, en otras partes, se puede notar que Marx considera el tiempo de trabajo como categoría fundamental de la economía comunista:

«El capital financiero desaparece con la producción social. La sociedad distribuye la fuerza de trabajo y los medios de producción en los diversos sectores. Los productores pueden obtener certificados escritos, y acceder con ellos, a una cantidad de provisiones de subsistencia social, correspondiente a su tiempo de trabajo. Estos certificados no son dinero, pues no circulan». (El *Capital*, libro II).

Si el tiempo de trabajo individual debe ser la unidad de medida para el producto de consumo individual, entonces el conjunto de los productos debe tener la misma unidad de medida. En otras palabras: en los productos debe estar expresada la cantidad de trabajo humano, medida en unidad de tiempo, es decir, cuántas horas de trabajo socialmente medio contienen. Pero esto presupone que los otros factores de la producción (medios de producción, materias primas y materias auxiliares) se midan con la misma unidad de medida, de modo que el cálculo de toda la producción en las empresas se base en la hora de trabajo medio. Sólo entonces se puede decir con razón que «la relación social entre hombres y productos del trabajo queda extremadamente simple, tanto en la producción como en la distribución».

Podemos pues constatar que Neurath comete un error al sostener que la producción y la distribución son tan independientes entre sí que permiten una «libre elección». ¡Es verdad exactamente

lo contrario! Tomando la parte de trabajo individual como unidad de medida de la participación en el producto. Marx define al mismo tiempo la base de la relación entre producto y productor, determinando así el fundamento de la producción. Volvamos ahora a la cuestión de si la producción planificada, tal como puede ser expresada en un aparato orgánicamente estructurado, debe necesariamente conducir a un organismo que se alce por encima del productor. Nosotros respondemos: «¡No! *Este peligro no existe en una sociedad en la que la relación entre producto social y productores sea definido de manera inmediata. En cualquier otra sociedad en que esto no se verifique, el aparato productivo terminará convirtiéndose en un aparato de opresión.*

5. En torno a la asociación de los productores libres e iguales

La Humanidad ha creado en el aparato productivo un organismo para la satisfacción de diferentes necesidades. En el proceso de producción, la fuerza de trabajo y el aparato productivo se gastan. Desde este punto de vista, el proceso de producción es también un proceso de distribución, pero es a través de esta destrucción como constantemente se crean formas nuevas: Lo que es consumido se produce nuevamente en el mismo proceso. Las máquinas, los instrumentos, nuestra fuerza de trabajo son renovados, producidos de nuevo, *reproducidos*. Se trata de un constante flujo de transformación de energías humanas en otras. Toda forma particular es energía humana cristalizada, medible por medio del tiempo durante el cual es aplicada.

Lo mismo vale para aquellos sectores del proceso productivo de los cuales no se obtienen productos directos, como por ejemplo, la educación y la asistencia médica, etc. En éstos también se consumen medios de producción y fuerza de trabajo, y el producto son las lecciones, o la cura de los enfermos, etc...

En este caso, la distribución se realiza directamente en y con la producción: la energía empleada afluye directamente a la sociedad bajo una forma completamente distinta. Pudiendo medir esta energía por medio del tiempo, se obtiene una relación exacta entre productor y producto. De esta manera, queda perfectamente clara la relación entre todos y cada uno de los productores y cualquier producto social particular.

Esta relación está completamente oculta en la organización de la producción según Neurath o Hilferding, y en la rusa. Estos autores no la conocen y los productores saben aún menos. La parte del producto social se asigna a los mismos productores por una organización que les supera, y los productores deben acoger con «confianza» lo que obtengan. Esta es la manera en que funciona lo que podemos observar en Rusia. A pesar de que la productividad y la cantidad de productos sociales aumentan, el productor no obtiene mayor parte, y por tanto es explotado.

En esta situación, ¿qué puede hacer el productor? ¿Nada? Puede retomar la lucha contra los explotadores, contra los que tienen en sus manos la organización del aparato productivo. Se puede intentar designar «mejores jefes», pero con esto no se eliminan las causas de la explotación. No queda otra vía más que construir toda la producción de manera tal que la relación directa entre productor y producto sea la base del proceso productivo social. De esta manera se extingue la función de los directores y administradores, en lo que respecta a la asignación de los productos. Ya no hay nada que asignar. La participación en el producto social es definida directamente. El tiempo de trabajo funciona como medida de la parte de producto que puede ser consumida por el individuo.

El llegar a transformar esta relación entre productor y producto en una revolución comunista es una cuestión de poder para el proletariado. Sobre tales bases es posible la producción planificada. Las empresas e industrias pueden ahora coordinarse en sentido horizontal y vertical formando un todo orgánico y, al mismo tiempo, tener cada una la contabilidad del tiempo de trabajo mismo bajo la forma de desgaste de medios de producción, materias primas y auxiliares, y fuerza de trabajo. La estructuración y organización de la producción comunista pueden ser llevadas a cabo perfectamente por los productores, o mejor, puede ser realizada *solamente* por los productores y se convierte así en necesaria la «asociación de los productores libres e iguales». El proceso de compenetración y de fusión crece desde abajo, porque son los mismos productores quienes tienen la dirección. De esta manera, tiene cabida la iniciativa de los mismos productores que pueden «plasmar» la vida en sus variadas formas.

El proletariado define la relación de base que debe existir entre el productor y su producto. Esto, y nada más que esto, es el nudo

de la cuestión revolucionaria para el proletariado. De la misma manera en que el siervo de la gleba luchaba en la revolución burguesa por su pedazo de tierra y la completa disponibilidad de los frutos de su trabajo, los proletarios combaten por la organización y el pleno poder sobre la producción, lo cual sólo es posible si la relación de base entre productor y producto se fija en términos sociales y de derecho. Se trata pues de qué posición conquistará el proletariado en la sociedad: si el trabajo en la empresa está unido al derecho de disponer de la producción o, por el contrario, si el proletariado será nuevamente declarado inmaduro y serán los jefes los que dispongan de la producción junto con los técnicos y científicos. Esta lucha se llevará en primer lugar contra los que después de la revolución crean que deben ser los autores del proletariado. Su colaboración es pues, admisible sólo después de que las bases de la producción comunista estén ya implantadas. Sobre estas bases su energía será funcional a la sociedad; de otro modo los llevará a formar una nueva casta de dominadores.

La dictadura del proletariado tiene efectos completamente distintos en las dos formas del comunismo. En el comunismo de Estado suprime todo aquello que se oponga a quienes tienen el poder en sus manos hasta que todos los ramos de la producción hayan alcanzado una madurez tal que puedan ser englobados según las disposiciones y las directrices de los que detentan el poder. En la «asociación de productores libres e iguales», la dictadura del proletariado sirve para introducir el nuevo tipo de cálculo de la producción y llevarlo a constituir la base de la producción, es decir, para crear los presupuestos gracias a los cuales los productores libres puedan determinar y dirigir la producción. En el *Comunismo de Estado*, la dictadura del proletariado tiene como efecto el crear las condiciones para una opresión lo más fuerte posible por parte del aparato central. En la asociación se trata en cambio de hacer surgir las fuerzas por medio de las cuales esa misma dictadura se debilita como tal y se vuelve finalmente superflua; la dictadura trabaja para su misma destrucción.

Sin menoscabo de ocuparnos ulteriormente del comunismo de Estado, queremos ahora pasar a ver cómo un hombre «razonable» puede aún sostener en estos tiempos «la infantil» concepción de Marx (que procederían de las corrientes liberales y anarquistas de su tiempo, como sostiene H. Cunow en *Die Marxistische Ges-*

chichts, —*Gesellschafts-und Staatstheorie*, vol. I, p. 309). Esta posición sostiene que la regulación de la vida económica no se hace «a través del Estado si no por medio de la coordinación entre las libres asociaciones de la sociedad socialista», que la hora de trabajo debe convertirse en la unidad de base de la vida económica, e incluso que esta «infantil» concepción de Marx es la única base posible del comunismo. Sostener esto significa al mismo tiempo afirmar que tal teoría no ha nacido en un escritorio, si no que es el producto de la vida revolucionaria. Por lo que podemos ver son tres los momentos fundamentales que nos han llevado a no repetir sin reflexión lo que sostienen los «economistas comunistas». Primero ha sido el surgimiento y el funcionamiento espontáneo del sistema de los soviets; después el desmantelamiento de los soviets por parte del aparato estatal ruso; y por último el crecimiento sin medida de la producción dirigida por el Estado, hasta convertirse en una nueva forma de dominio sobre toda la sociedad. Estos hechos nos han llevado a un análisis más en profundidad, a través del cual hemos constatado que el comunismo de Estado no tiene nada que ver con el marxismo, ni en teoría, ni en la práctica. La práctica de la vida —el sistema de los soviets— puso en primer plano la «asociación de los productores libres e iguales» de Marx, y al mismo tiempo es la experiencia misma la que ataca al comunismo de Estado con críticas tanto teóricas como prácticas.

II LOS PROGRESOS EN EL PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1. Los alumnos de Marx

Basta echar una ojeada a la literatura socialista o comunista, generalmente muy rica en contenidos, para ver que se ha escrito muy poco sobre las bases económicas de la sociedad que debería sustituir al capitalismo. En Marx encontramos el análisis clásico del modo de producción capitalista, con la conclusión definitiva de que, a consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas, la humanidad se encuentra ante la opción de, o bien abolir la propiedad privada de los medios de producción y continuar la producción en condiciones de propiedad colectiva, o si no llegar a la barbarie. Esta gran definición científica llevó al socialismo del terreno de la utopía al de la ciencia. Sin embargo, Marx da pocas indicaciones sobre la dirección en que buscar las leyes de la nueva economía. En este sentido son particularmente importantes sus *Randglossen* (Glosas marginales). El no querer predeterminar, el dar solamente algunas indicaciones, no es del todo una deficiencia de la enseñanza marxiana. En efecto, en sus tiempos hubiera sido prematuro desarrollar completamente ciertas cuestiones. Un comienzo así habría tenido seguramente por conclusión una utopía, y el mismo Marx puso en guardia frente a este peligro. Así tal problema le convirtió en un tema «tabú» y lo sigue siendo parcialmente, aunque la revolución rusa demuestra que es ahora cuando se plantea.

Además de las bases generales de la nueva producción, Marx indicó también el método de cálculo que valdrá en la nueva sociedad, y que definimos como cálculo del tiempo de trabajo.

Consecuencia de las bases generales era tanto la abolición del mercado como del dinero, y los alumnos de Marx, al menos en lo que respecta a las bases de la producción comunista, no fueron mucho más allá. Estos a fin de cuentas no veían en el comunismo otra cosa que la continuación del proceso de concentración de la vida económica, parecido al que conocemos en el régimen capitalista, y que llevaría automáticamente al comunismo. Esto aparece claro en Hilferding al indagar sobre las consecuencias de la concentración total del capital. Construye la imagen de un trust gigantesco que describe así:

«Toda la producción capitalista está conscientemente regulada por un organismo que decide el volumen global de la misma en todos los sectores. En este punto la determinación de los precios es algo puramente nominal e implica ya solamente la distribución del producto total entre los magnates del «cartel» por una parte, y por otra la masa de todos los demás miembros de la sociedad. El precio ya no es entonces la resultante de una relación entre cosas, experimentada por los hombres, sino un puro y simple método de cálculo para la atribución de cosas de persona a persona. El dinero pierde toda función. Puede incluso desaparecer del todo, ya que se trata de atribución de cosas y no de atribución de valores. Junto a la anarquía de la producción, desaparece el signo objetivo, desaparece la objetividad del valor de la mercancía, y por tanto, desaparece el dinero. El «cartel» distribuye el producto. Los elementos concretos (cosas) de la producción, se reproducen, y son utilizados para la nueva producción. Una parte del nuevo producto es distribuido entre la clase trabajadora y los intelectuales y el resto se lo queda el «cartel» que lo utiliza como mejor cree. Estamos, por tanto, en la sociedad dirigida a sabiendas de manera antagónica. Pero este antagonismo es antagonismo en la distribución. La distribución, por otro lado, está regulada con pleno conocimiento y por eso mismo la necesidad del dinero desaparece. El capital financiero, ha alcanzado su máximo desarrollo, y se aleja del terreno que lo nutría. La circulación del dinero llega a ser superflua. La incesante rotación del dinero ha alcanzado su objetivo —la sociedad regulada— y el movimiento perpetuo de la circulación finalmente se para». (Hilferding, *El capital financiero*).

Según esta teoría, no existen realmente problemas para el desarrollo del comunismo. Se trata de un proceso automático que el mismo capitalismo lleva a cabo. La concurrencia capitalista

lleva a la concentración del capital, y así surgen los grandes centros de la industria. Dentro de cada uno de estos, por ejemplo, en un trust que comprende minería, transportes, siderurgias, etc., surge una circulación sin dinero. La dirección superior decide simplemente a qué industria debe ser producido, etc. Según esta teoría, el problema de la producción comunista no es nada distinto, a fin de cuentas, de la continuación de la concentración, lo que lleva «de por sí» el comunismo. La propiedad privada de los medios de producción es descartada por todos porque obstaculiza la fusión de las industrias. Solamente con su abolición, el proceso productivo puede desplegarse por completo y nada bloquea la fusión de toda la vida económica en un trust monstruoso que deberá ser dirigido *desde arriba*. De esa manera, serían realizados los presupuestos que Marx había previsto para una producción comunista. El *mercado* ha desaparecido porque una empresa no se vende nada a sí misma. De esta manera desaparecen también los *precios* de los productos, ya que la dirección superior determina el flujo de los productos de empresa a empresa, como crea que sea útil y necesario. Evidentemente ha sido un error de Marx y de Engels el considerar necesaria la medida del trabajo contenido en cada uno de los productos.

La evolución de la ciencia que se ocupa de la economía comunista, no muestra pues una tendencia rectilínea, sino que después de Marx se desvía, para volver a su viejo cauce sólo hacia 1920. Es ciertamente amarga ironía el hecho de que sean precisamente economistas burgueses los que hayan, aún sin quererlo, provocado notables progresos en la ciencia del comunismo. Cuando parecía que el hundimiento del capitalismo era inminente y que el comunismo conquistaría el mundo como una marea creciente, justo entonces, Max Weber y Mises comenzaron a criticar este comunismo¹¹.

Ciertamente su crítica podía referirse solamente al «socialismo a

¹¹ a) Max Weber, *Wirtschaft und, Gesellschaft*. (Economía y Sociedad) b) L. Edler von Mises, *Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen*, (La contabilidad económica en la comunidad socialista). Esta obra originalmente publicada en la revista "*Archiv für Sozialwissenschaft*" (Archivo de Ciencias Sociales) vol. 47, 1920, fue reeditada y am-

lo Hilferding» y al «comunismo» ruso que esencialmente son la misma cosa, pero también Neurath —el Hilferding completamente consecuente— la sufrirá. Su crítica culminó en la demostración de que una economía sin método de cálculo, sin un denominador común que permita medir el valor de los productos, es imposible. Y habían dado en el clavo. Gran confusión entre los «marxistas». En el terreno económico la imposibilidad del comunismo se había demostrado, ya que en una economía de este género se acaba cualquier tipo de producción planificada. El comunismo, que quería demostrar que las razones de su existencia estaban precisamente en la anarquía de la producción capitalista, se mostró aún menos capaz de obrar de acuerdo a un plan. Bock dijo incluso que no se puede hablar de comunismo antes de descubrir con qué se debe sustituir el mecanismo del mercado¹². El mismo Kautsky está confuso y llega así a las conclusiones más absurdas, como la determinación de los precios a largo plazo, etc. Los saltos mortales de Kautsky, han tenido al menos el mérito de hacer evidente la necesidad de hacer cálculos, aunque llegue a esta conclusión basándose en el actual dinero. El piensa que no se puede funcionar sin el dinero como medida de valor en la contabilidad y en los cálculos necesarios en las relaciones de cambio de una sociedad socialista. —Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm* (La revolución proletaria y su programa), p. 318)¹³. La crítica destructiva de Weber y Mises contra el comunismo ha ayudado ciertamente al estudio de la economía comunista a superar un punto muerto y lo ha puesto en un terreno real. Estos han despertado espíritus que ya no se dejan embrujar, porque así se ha hecho posible seguir el pensamiento de Marx, sobre el tiempo de trabajo socialmente medio.

pliada bajo el título, *Die Gemeinwirtschaft - Untersuchungen über den Sozialismus* (La Economía Comunista, investigaciones sobre el socialismo), Sena 1922.

¹² Herbert Block, *Die Marxistische Geldtheorie* (La teoría marxista del dinero) Sena 1926. Block era un discípulo del economista Karl Diehl al cual dedicó su libro.

¹³ Stuttgart, Berlín 1922.

Como polo opuesto al comunismo de Estado, surgieron alrededor de 1910 diversas corrientes sindicalistas que querían heredar y continuar la producción capitalista mediante «sindicatos, ligas industriales, corporaciones». Estas instituciones debían distribuir la ganancia obtenida o bien destinarla a una genérica caja social. Sin embargo no se llegó a una formulación teórica de este tipo de comunismo, a menos que se considere como tal el estudio de Otto Leichter, *Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gesellschaft* (El Cálculo Económico en la sociedad socialista), publicado en Viena en 1923¹⁴. Esta obra se mueve sobre el terreno del cálculo del tiempo de trabajo, y sin duda es la mejor en este campo. La teoría de la autodeterminación de los productores-consumidores da un buen paso hacia delante. El problema está enfocado de manera bastante clara aunque, a nuestro parecer, Leichter no le da una solución satisfactoria. El admite que ya Maurice Bourguin, antes de él propuso como base de la economía comunista el cálculo del tiempo de trabajo, y las ideas de Bourguin coinciden casi perfectamente con las suyas¹⁵. Aunque otros economistas marxistas reconocen la importancia del cálculo de la hora de trabajo en la sociedad comunista, ninguno de ellos incluye los medios de producción en este cálculo. Así, por ejemplo, Varga tiene un artículo sobre este tema (en «Komunismus», a. III, n. 9-10)¹⁶. Pero los resultados no tienen evidentemente un verdadero valor, debido al error antes citado. Las desventajas de este planteamiento del problema son claras no sólo desde el punto de vista económico sino también desde el político.

Los economistas consideran el comunismo sólo desde el punto de vista de la producción y de la distribución. El proletariado revolucionario tiene otros términos de medida. Que el comunismo de Estado sea o no económicamente posible le resulta más bien

¹⁴ Texto publicado, por primera vez, en «Marx Studien» (Estudios marxianos) revista editada por Max Adler y Rudolf Hilferding en Viena (vol. 5.º cuaderno 1.º, 1922).

¹⁵ Maurice Bourguin, *Les Systèmes Socialistes et le développement économique* (Los sistemas socialistas y el desarrollo económico), París 1904.

¹⁶ 24 de marzo de 1921, p. 29 ss.

indiferente. Lo rechaza también porque la práctica demuestra que el aparato productivo podría ser de propiedad social, y sin embargo, seguir funcionando como aparato de explotación. En efecto, la revolución rusa ha planteado los problemas del lado político.

Si nos preguntamos qué posición tiene el proletariado revolucionario respecto a la nueva economía, veremos que la idea de determinarse y dirigirse a sí mismo está bastante enraizada, pero que falta cualquier otro indicio más preciso sobre cómo debe de ser realizada. Pero todos sentimos que sobre esta cuestión debe hacerse claridad.

2. El comunismo libre

La necesidad de claridad aparece evidente en el folleto holandés de Müller Lehning sobre el anarco-sindicalismo¹⁷. Este va contra la hipótesis que sostiene la necesidad de destruir primero la sociedad, sin ninguna posible previsión, para después de la destrucción ver cómo se puede reordenar la misma sociedad (p. 4).

Es necesario un programa de «cómo se realizará el anarcosindicalismo después de la revolución» (p. 5). No basta hacer propaganda de la revolución económica, «es necesario estudiar también el modo de realizarla» (p. 6). Los anarquistas, en Rusia, resaltaron la iniciativa de las masas, pero «en qué debería consistir esta iniciativa, y qué deberían hacer las masas como tarea inmediata, quedó confuso y poco concreto» (p. 7). «Aparecieron muchos manifiestos, pero sólo unos cuantos daban una respuesta clara y comprensible sobre la praxis cotidiana» (p. 8).

«Podemos decir que la revolución rusa plantea de una vez por todas la pregunta: ¿Cuáles son las bases económicas y prácticas de una sociedad sin sistema salarial? ¿Qué es necesario hacer al día siguiente de la revolución? La anarquía deberá responder a esta pregunta, deberá sacar enseñanzas de los hechos de estos últimos años, si no se quiere que a un error le siga una irremediable derrota. Por mucha verdad que puedan contener las viejas predicciones anarquistas y por muy a menudo que puedan ser repetidas,

¹⁷ Arthur Müller-Lehning, *Anarchosyndicalisme-Rede van 17. 11. 1926 Anarco - sindicalismo*, discurso del 17 de noviembre de 1926. Amsterdam, 1927.

no resuelven ninguno de los problemas que plantea realmente la vida. No resuelven de manera particular, ninguno de los problemas de la revolución social de la clase obrera» (p. 10).

Sin estas realizaciones prácticas toda la propaganda seguirá siendo negativa, y todos los ideales, utopías. Esta es la enseñanza que la anarquía debe extraer de la historia, y que —jamás será esto suficientemente repetido— se ha demostrado nuevamente con el trágico resultado de la revolución rusa» (p. 11). «Las organizaciones económicas tienen como meta la expropiación del Estado y del capital. En el lugar del Estado y del capitalismo deben ponerse las asociaciones productivas de los trabajadores, como sostén de toda la vida económica. La base debe ser la empresa, la organización de empresa debe ser la célula que funcione como germen de la nueva organización económica de la sociedad. Todo el sistema productivo debe ser construido en base a la alianza entre la industria y la agricultura» (p. 18).

«Quien no quiere ni capitalismo privado ni capitalismo de Estado, debe oponer a ellos otras realidades en la vida social y otros tipos de organización económica. Y esto pueden hacerlo solamente los productores. Y sólo agrupándose todos en organizaciones, en la empresa, en la rama industrial, etc. Deben organizarse de manera que dispongan, por medio de su organización asociativa, de los medios de producción, y de esta manera organizar toda la vida económica sobre bases asociativas» (p. 19).

Este folleto, aparecido en 1927, es un notable progreso respecto a todo lo que hasta ahora existía en este terreno. Aunque no se mueva pensando en la urgencia de resolver la cuestión, trata de todas maneras, de sacar fruto de algunas experiencias de la revolución rusa para forjar en el futuro nuevas armas para la lucha de clases. El cuadro de la construcción federalista de la vida económica es tomado del primer período de la revolución rusa. El autor muestra abundantemente que entonces, sin embargo, los problemas fueron solamente planteados, pero él no puede resolver ni siquiera uno.

Un anarquista francés —Sebastián Faure— intentó encontrar una solución. Escribió el libro *Le bonheur universel* (La felicidad universal)¹⁸, publicado en 1921, que es una descripción de lo que él entiende por comunismo libre. Este libro es importante porque

¹⁸ Novela.

muestra cómo también las hipótesis anarquistas sobre la sociedad comunista no excluyen un poder y una dirección central sobre la producción social. En efecto, de un análisis más en profundidad del «libre comunismo» de Faure se descubre que éste no es sino un normalísimo comunismo de Estado. El libro no tiene el carácter de una obra científica, sino más bien de romance utópico en el cual la libre sociedad comunista surge de la pura fantasía. Pero el hecho de que, en contraste con las frases «igualdad para todos», «libre unión», «exaltante principio de la insurrección contra el Estado y la violencia», se dibuje un sistema de producción donde la dirección del aparato productivo no está en manos de los productores, demuestra claramente que en este terreno no se tiene idea alguna de las leyes que están en la base de los movimientos que creen en un sistema así.

Faure es contrario a la violencia, y por eso habla de los centenares de miles de anillos en la cadena del moderno aparato productivo. Dice: «Toda esta organización se basa en el principio vivificante de la libre cooperación» (p. 213 de la traducción holandesa). Ahora bien, nosotros más bien pensamos que ésta no puede ser la base de un proceso de producción y reproducción. Si los productores quieren estar seguros de sus derechos, entonces la organización debe tener una base material, con o sin exaltantes principios. Los mismos productores deben fijar en sus empresas la relación entre productores y producto social. Deben calcular cuánto tiempo de trabajo hay contenido en sus productos, dado que el tiempo de trabajo es la medida de su participación en el producto social. Sólo entonces la organización no dependerá de un exaltante principio abstracto, sino que vendrá determinada por la realidad económica.

En lo que respecta a la relación de los productores entre sí, encontramos el mismo terreno fácil y vacilante, que consiste en la «libre unión». También en esto ninguna base concreta, ningún cálculo del flujo de productos de una empresa a otra. Y sin embargo... sin una base *material* también esta «libre unión» se convierte en una frase vacía. Se buscan, se prueban, se reasumen, se verifican los resultados de distintos métodos. «Se definen los métodos convenientes, se proponen estos últimos, y a causa de sus resultados ellos mismos se imponen» (p. 334). Faure encuentra esta base de la libertad de cada uno, por medio de la concordancia de todos, muy natural. «Pero ¿es que no sucede así también en la

naturaleza? Tenemos el ejemplo de la naturaleza: claro y tajante. En ella todo está ligado por una unión libre y espontánea... Las cosas infinitamente pequeñas, los granos de polvo, se buscan, se atraen y forman un todo compacto» (p. 334).

Debemos notar a este respecto que los ejemplos sacados de la naturaleza son siempre bastante peligrosos, y que justo en este caso particular se muestra demasiado «clara, tajantemente» que el método de Faure es del todo insuficiente. En él todo está unido de manera libre y espontánea. Faure pierde completamente de vista cuál es el momento determinante de la libre unión natural. Esta libre unión está determinada por las respectivas fuerzas de los «aliados». Cuando la tierra y el sol establecen el libre acuerdo por el cual la tierra debe girar en torno al sol en 365 días, esto está determinado, entre otras cosas, por la masa de la tierra y del sol. *Sobre bases de este tipo se toman los libres acuerdos.*

Y así sucede siempre en la naturaleza. Sus átomos, o fuerzas particulares, se encuentran en dependencia recíproca. El tipo de relación está determinado por las fuerzas de que disponen los aliados. Por ello, hacemos válido el ejemplo sacado de la naturaleza, pero para mostrar con él que debe de haber una relación exacta entre productor y producto, pero en la sociedad deben construirse libres asociaciones. Sólo así estas asociaciones, que están por hacerse, serán realidad. Aunque Faure probablemente no se haya ocupado jamás de economía, se muestra enseguida como un representante de la escuela de Neurath, y como un defensor de la «economía natural». Como ya hemos visto esta «escuela» dice que es completamente superflua, una unidad de medida, y pretende sustituirla gracias a un plan productivo, establecido mediante la estadística.

«Es necesario pues establecer el conjunto de las necesidades y su alcance individual» (p. 215). Las comunidades deben por tanto comunicar a la oficina de la administración central de la nación las necesidades de los habitantes según su número, de manera que los encargados puedan tener una idea de las necesidades globales de la «nación». Después, cada comuna hace una segunda lista con la declaración de cuanto puede producir, y así «la administración central» tiene conocimiento de las fuerzas productivas de la «nación». La solución del problema es extremadamente simple. Los burócratas deben ahora determinar qué parte de la producción

compete a cada comuna y «con qué parte de la producción se pueden quedar» (p. 216).

Este proceso es exactamente idéntico al que imaginan los comunistas de Estado. Abajo la masa, y arriba los burócratas, que tienen en sus manos la dirección de la producción. Entonces la sociedad no está basada sobre realidades económicas, sino que depende de la mala o buena voluntad, o bien de la habilidad de determinadas personas; cosa que, por otra parte, Faure acepta sin ningún problema. Para quitar toda duda respecto a la dirección central, añade: «La administración central sabe cuál es la cantidad de la producción en su conjunto y debe por tanto comunicar, a cada comité de zona, de qué cantidad de este producto puede disponer, y cuántos medios de producción debe proporcionar» (p. 218). Para mostrar que esto no es un comunismo particularmente libre lo compararemos al comunismo socialdemócrata de Hilferding. Veremos que coincide casi palabra por palabra: «Cómo, dónde, en qué medida y con qué medios deben ser obtenidos nuevos productos, sobre la base de las condiciones productivas existentes, naturales o artificiales, debe decidirse por los comisarios comunales, regionales y nacionales de la sociedad socialista; los cuales (...), en virtud de los múltiples medios que ofrecen los más avanzados estudios estadísticos sobre la producción y el consumo, dan una visión global de las exigencias de la sociedad socialista y, con cautelosa previsión, organizan toda la vida económica según las exigencias de la comunidad que ellos representan y guían conscientemente».

Constatamos pues, que también en este «libre comunismo» el derecho de disponer del aparato productivo es para aquellos que tienen familiaridad con los trucos de la estadística. Y, sin embargo, los anarquistas deberían haber sabido de economía política, al menos lo suficiente como para comprender que quien dispone del aparato productivo tiene en realidad el poder, y puede ejercitarlo mediante la violencia sobre la sociedad. Esta «administración central» se dotaría de los medios para obtener obediencia formando así un nuevo «Estado». Esta es una de las leyes del funcionamiento del sistema de Faure, lo comprenda o no; y no cambia nada el hecho de que el manjar venga servido con la salsa de las «libres uniones» o de los «exaltantes principios». Esto no cambia las normas políticas y económicas.

No se puede reprochar a Faure el haber fundido toda la

sociedad en un único sistema. Esta concepción es, en efecto, el resultado de un proceso de desarrollo, llevado a cabo por los productores-consumidores. Hace falta entonces que se den condiciones tales que permitan que ellos mismos lo lleven a cabo. Por esto deben tener una exacta contabilidad de las horas de trabajo consumidas en cualquier forma, para poder saber cuántas contiene su producto. Entonces no será una administración central quien asigne la parte del producto social, sino que serán los productores quienes lo determinen en cada empresa por medio del cálculo del tiempo trabajado.

Le bonheur universel de Faure no aporta el más mínimo conocimiento de la producción comunista. Nos hemos ocupado más de cerca de él sobre todo porque, por medio de la crítica de tal fantasía anárquica de la libre sociedad comunista, se demuestra claramente cómo en los últimos años se han hecho progresos en este terreno. Antes de 1917 era imposible despejar del farrago fraseológico el nudo del comunismo de Estado. A la escuela práctica de la revolución rusa debemos todo lo que sabemos, porque nos ha enseñado qué significa un poder de dirección central sobre el aparato productivo.

III EL PROCESO DE REPRODUCCION EN GENERAL

1. La reproducción capitalista como función individual

La humanidad creó el aparato productivo para la satisfacción de sus distintas necesidades. El aparato productivo, es decir, los medios de producción, sirven a la humanidad como instrumento para arrancar a la naturaleza aquello de lo que tiene necesidad para existir y para desarrollarse posteriormente. En el proceso productivo se contienen tanto nuestras fuerzas de trabajo como el aparato productivo en sí. Desde este punto de vista, el proceso productivo es un proceso de destrucción. Pero es también un proceso que da origen a algo. Lo que es destruido es buscado en el mismo proceso. Las máquinas, los instrumentos, nuestra fuerza de trabajo, son consumidos, producidos de nuevo, reproducidos. El proceso productivo social funciona como el proceso vital del cuerpo humano: pasa por la autodestrucción para reconstruirse en forma cada vez más completa.

Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, debe ser continuado o periódico, y pasar siempre por los mismos estadios... Observado pues, en sus conexiones estáticas y en el constante fluir de su renovación, el proceso productivo es al mismo tiempo proceso reproductivo. (Marx, *El Capital*, libro I).

Para el comunismo esta frase tiene un significado particular, porque la producción y la reproducción son conscientemente determinadas partiendo de este principio, mientras que el mismo proceso se cumple automáticamente en el capitalismo a través del *mecanismo del mercado*. La reproducción se basa en el hecho de que, por cada elemento consumido, uno nuevo toma su puesto,

cosa que, para la sociedad comunista, significa que debe llevarse escrupulosamente la contabilidad de todo lo que entra en el proceso productivo. Por muy difícil que pueda parecer, es, sin embargo bastante simple, porque todo lo que se consume puede comprenderse en dos únicas categorías: medios de producción y fuerza de trabajo.

En el capitalismo la reproducción es una función individual. Todo capitalista se ocupa también de la reproducción. Calcula el consumo de los medios de producción fijos estables, valora el consumo de los medios de producción circulantes (materias primas y auxiliares) y la fuerza de trabajo directamente empleada. A esto se unen posteriores gastos y por fin lleva al mercado su mercancía. Si las cosas le van bien, entonces el período productivo ha sido positivo para él, y adquirirá nuevos medios de producción y fuerza de trabajo y la producción podrá recomenzar. Como todos los capitalistas actúan de esta manera, resulta que todo el aparato productivo y la fuerza de trabajo son reproducidos. El desarrollo de la técnica, y con éste el aumento de la productividad del aparato productivo, empujan al capitalista hacia la concurrencia, a invertir una parte de la plusvalía que forma el capital en nuevos medios de producción, para ampliar el aparato productivo. Consigue, de este modo, un desarrollo cada vez más ingente de los lugares de producción de las partes «muertas» del aparato productivo, así como de las «vivas». Y por tanto, no se asiste solamente a una reproducción de lo que ha sido consumido en el período productivo precedente, sino que, en términos capitalistas, se asiste a la acumulación; en el comunismo se dirá: se reproduce sobre base ampliada. Hoy día la determinación del alcance y del lugar en que esto debe suceder depende exclusivamente del capitalista, cuyas acciones seguían por el deseo del beneficio.

En el comunismo desaparecen el mercado y la transformación de mercancías (productos) en dinero, pero persiste el flujo de los productos.

«Dentro de la sociedad comunista, fundada sobre la propiedad común de los medios de producción, los productores no intercambian sus productos, y el trabajo empleado en estos productos aparece como su valor, como un atributo poseído realmente por éstos, porque ahora, contrariamente a cuanto acecía en la sociedad capitalista, el trabajo individual no se convierte en parte de un

todo siguiendo un camino atravesado, sino que lo es directamente». (*Randglossen*, libro 12 p. 54).

«Aquí reina claramente el principio que se encuentra en la base del intercambio de mercancías, mientras se trate de mercancías con igual valor. La forma y el contenido han cambiado, porque al cambiar las condiciones nadie puede dar algo distinto de su trabajo, y nada puede transformarse en propiedad de cada uno fuera de sus medios de consumo individual. En lo que se refiere a la distribución de estos últimos entre cada uno de los productores, vale el principio de que, como en el intercambio de mercancías equivalente, se intercambia trabajo de una forma con otro tanto trabajo de otra forma distinta». (*Ibidem*, p. 25). Así, las empresas ponen a disposición de la sociedad sus productos, pero esta distribución debe, por su parte, abastecer a las empresas de una cantidad igual de medios de producción, materias primas y fuerza de trabajo a la que haya sido consumida en la producción. Y si la producción debe funcionar a escala ampliada, se debe abastecer a las empresas de un número mayor de medios de producción, etc. Las decisiones a este respecto, ya no se encuentran en manos de los poseedores privados de los medios de producción, sino que es la sociedad quien decide una ampliación de la producción, si es necesario para la satisfacción de sus necesidades. Si a cada empresa se le deben proveer nuevos medios de producción en la misma medida en que éstos se han consumido, entonces es necesario y suficiente, para la reproducción, que *toda empresa calcule* cuánto producto social ha consumido bajo formas diversas (incluso en forma de salarios). Esto será satisfecho y podrá comenzar un nuevo período productivo.

Si nos preguntamos hasta qué punto es posible definir el consumo de horas de trabajo en cada empresa, a esto la moderna contabilidad ha dado una respuesta definitiva. Por razones que no indagaremos aquí, la dirección capitalista de las empresas se vio obligada en 1921 a racionalizarse, y así, cerca de 1922, surgió toda una nueva literatura, que desarrolló los métodos para calcular el valor de los costos de forma muy exacta, para cada proceso y para cada trabajo parcial. Este valor constaba de varios factores: desgaste de los medios de producción, materias primas y auxiliares, fuerza de trabajo, costos de la dirección empresarial en cada uno de los procesos, transportes, seguros sociales, etc. Todos estos factores dan lugar a fórmulas generales. Y todos tienen al dinero

como común denominador, cosa que los mismos jefes de la empresa consideran como un obstáculo para el cálculo exacto. Pero nada les impide utilizar otra unidad de medida. Estas fórmulas, en su forma actual, son inutilizables para una producción social, porque distintos factores que entran en el cálculo de los costos, por ej., los intereses del capital, ya no se consideran. A pesar de ello el método como tal significa un progreso. También en este aspecto la nueva sociedad se genera en el vientre de la vieja. Leichter, dice del moderno cálculo de los precios:

«El cálculo capitalista puede definir los costos de toda operación productiva, el valor de un producto no acabado y de cada fase de la producción, aunque se efectúe de manera completa y uniforme en cada fábrica. Se puede descubrir en cuál de los diversos talleres de una fábrica, con qué diferentes maquinarias, con cuál de entre las diversas fuerzas de trabajo es posible realizar una determinada operación al costo más bajo, se puede pues incrementar en todo momento la racionalidad del proceso productivo. A esto se añade otro resultado del método de cálculo capitalista: en toda gran fábrica existen toda una serie de salidas que repercuten directamente en los productos intercambiables (entiéndase las pagas de los empleados, la calefacción de los locales, etc.). El haber hecho posible estas finuras en el cálculo económico es otro de los resultados del método de cálculo de los capitalistas». (Leichter, *ob. cit.*, pp. 22-23).

2. La fórmula ($mp + mat. pr$) + $ft = p$ ¹⁹

Es por tanto posible, sin más, establecer para todo producto, cuántas horas de trabajo ha costado. Ciertamente, existen lugares de trabajo de los que no sale ningún producto real, como los consejos políticos y económicos, los hospitales, las escuelas, etc. No obstante, es posible determinar cuántas horas de trabajo consumen en medios de producción y fuerza de trabajo; son por tanto, perfectamente anotables los costos de la reproducción. Para resumir brevemente la reproducción, podemos decir: los medios de producción y la fuerza de trabajo son los factores de la producción

¹⁹ MP, medios de producción; MAT.PR, materias primas; FT, fuerza de trabajo; P = producto.

que actúan directamente. Dependiendo de su naturaleza la interacción entre ellos da lugar a la masa de productos en la forma de uso de máquinas, edificios, trigo, materias primas, etc. Por una parte esta masa de productos pasa de empresa a empresa, bajo forma de flujo ininterrumpido y por otra, se agota debido al uso por parte de los consumidores.

Cada empresa se asegura su reproducción por medio del cálculo exacto de los medios de producción (mp) y de la fuerza de trabajo (ft), expresados en horas de trabajo. La fórmula de la producción de toda empresa es, por tanto:

$$mp + ft = \text{producto}$$

Como sabemos, la categoría marxiana de «medios de producción» comprende: maquinaria e instalaciones estables (medios de producción fijos), materias primas y materias auxiliares (medios de producción circulantes). Llamemos ahora a los medios de producción fijos mp y a los circulantes mat. pr., y entonces la fórmula será:

$$(mp + \text{mat. pr.}) + ft = \text{producto}$$

si para mayor claridad sustituimos las letras con números ficticios tendremos que, por ejemplo, la producción en una fábrica de zapatos corresponderá al esquema siguiente:

Maquinaria + materias primas + fuerza de trabajo = 40.000 pares de zapatos; 1.250 horas trabajadas + 6.250 horas trabajadas + 5.000 horas trabajadas = 12.500 horas trabajadas = 3'125 horas de trabajo por par.

En esta fórmula de la producción se incluye también la fórmula de la reproducción de la empresa, que muestra cuántas horas de trabajo del producto social deben quedarse en la empresa para renovar todo cuanto se ha consumido.

Esto, que es válido para cada empresa, vale también para toda la economía comunista. En este sentido, es la suma de cada una de las empresas. Lo mismo vale para el producto social en su conjunto. No es sino el producto $(mp + \text{mat. pr.}) + ft$ de todas las empresas. Para distinguir entre el cálculo de la producción en una empresa y la producción general usamos en la determinación del producto total la fórmula:

$$(MP + \text{MAT. PR.}) + FT = P$$

Si la suma de todos los mp consumidos en las empresas es 100 millones de horas trabajadas, si la de mat. pr. es 600 millones de horas, y si se han empleado 600 millones de horas trabajadas de fuerza de trabajo viva, entonces la fórmula para el producto total es:

$$100 \text{ millones} + 600 \text{ millones} + 600 \text{ millones} = 1.300 \text{ millones de horas trabajadas.}$$

El conjunto de todas las empresas sustrae solamente 700 millones de horas trabajadas de producto de la masa total, para reproducir la parte material del aparato productivo, mientras que los trabajadores consumen 600 millones de horas de P. Con esto se asegura la reproducción de todos los medios de producción.

Observemos ahora la reproducción de la fuerza de trabajo en particular. En nuestro ejemplo tenemos que se encuentran en el P 600 millones de horas trabajadas disponibles para el consumo individual. No se puede y no se debe consumir más, porque en las empresas, la suma de dinero-trabajo²⁰ corresponde solamente a 600 millones de horas trabajadas. Con esto no queda dicho sin embargo cómo se reparte el producto entre los trabajadores. Por ejemplo, es bastante fácil que el trabajo no cualificado, el trabajo cualificado y el trabajo intelectual sean *retribuidos de manera distinta*. Se podría hacer una subdivisión de este tipo: que el trabajo no cualificado se considere equivalente a 3/4 de una hora de trabajo normal, el trabajo que presupone un aprendizaje una hora normal, el del empleado una hora y media y el del jefe de la empresa tres horas.

3. El concepto de valor de los economistas socialistas

Efectivamente, los señores economistas del socialismo son de esta opinión. A ellos no se les ocurre ni por asomo dar *el mismo valor* al trabajo, y por tanto dar a cada uno una parte igual del producto social. Este es también el significado de los «niveles de

²⁰ Traducimos por «dinero-trabajo» el término alemán «Arbeitsgeld» que los autores intencionalmente emplean aquí para distinguirlo del término «Arbeitslohn» «salario».

vida» de Neurath. Los «fisiólogos de la nutrición» establecerán un mínimo necesario para la existencia que constituirá el ingreso de quien realiza un trabajo no cualificado; los demás según su voluntad, su capacidad y la importancia de su trabajo, obtendrán más. Un pensamiento verdaderamente capitalista. Kautsky defiende que esta diferenciación en la recompensa es necesaria porque piensa que el trabajo pesado y desagradable debe percibir una paga mayor que el agradable y fácil. Además, señala que ésta es para él una razón que hace prácticamente imposible el cálculo del tiempo trabajado. Leichter llega hasta el punto de mantener las diferencias de salario dentro de una misma profesión, porque los salarios individuales del trabajador especializado, con la práctica, deben superar el salario de base. Así, por ejemplo, defiende el mantenimiento del trabajo a destajo en la economía comunista. A pesar de todo esto, Leichter sostiene con razón que no existe ningún obstáculo para el cálculo del tiempo de trabajo, como se puede ver también por nuestro ejemplo. El dice:

«Queda el problema puramente técnico, que por otra parte también se encuentra en el capitalismo, de fijar los salarios para cada operación de trabajo, pero esto no lleva a complicaciones mayores respecto al capitalismo». (Leichter, *Ibidem*, p. 76).

Constatamos, pues, que se considera justa la distante valoración del trabajo como principio, incluso en las diversidades individuales dentro del mismo tipo de trabajo. Esto sin embargo, sólo significa que en una sociedad así, *la lucha por la obtención de mejores condiciones de trabajo no está superada*, que la distribución del producto social tiene un carácter competitivo, y que la lucha por la distribución del producto continúa. Esta lucha es la lucha por el poder, y como tal deberá ser llevada adelante.

Ciertamente no se puede demostrar de manera más clara, cómo estos socialistas no están en condiciones de pensar en una sociedad donde millones de trabajadores puedan no ser gobernados. Para ellos los hombres se transforman en simples *objetos*. Los hombres no son nada más que partes del aparato productivo. Los fisiólogos de la nutrición deben calcular cuántos medios de sustento (el mínimo para sobrevivir) deben ser asignados a este «material» para tener continuamente disponible su fuerza de trabajo. La clase obrera debe luchar con todas sus fuerzas contra tal concepción, y exigir para todos una parte igual de la riqueza social.

Quizás al principio será aún provisionalmente necesario pagar

más el trabajo intelectual; por ejemplo, que 40 horas de trabajo den derecho a un producto equivalente a 80 ó 120 horas. Ya hemos visto que, para el cálculo del tiempo de trabajo, esto no representa ninguna dificultad. Al principio de la organización comunista podrá ser aún una norma justa que, por ejemplo, el material de estudio no esté a disposición gratuita de todos, porque la organización global de la sociedad no está aún estructurada de una manera definitiva. Pero, una vez que las cosas estén en su lugar, ya no se podrá hablar de dar a los que ejercitan profesiones intelectuales una parte mayor de producto social.

La razón del hecho de que los economistas del «socialismo» no puedan despegarse de una valoración diferenciada de la fuerza de trabajo, depende, a nuestro parecer, del nivel de clase del que proceden. Una distribución igual de todo el producto es, pues, imposible, ya que contrasta de lleno con su sentimiento de clase. Existe un principio, que aunque viejo es justo, que dice que los razonamientos están principalmente determinados por la esfera de los sentimientos, y que la razón no llevará a conclusiones muy diferentes a las determinadas por los sentimientos. Así se explica que Leichter quiera anular el *concepto de valor* para la producción *material*, pero que no pueda hacerlo en lo que respecta a fuerza de trabajo. En el mundo capitalista, la fuerza de trabajo aparece como mercancía. El precio medio pagado por el empresario corresponde a los costos de reproducción, que para los trabajadores no cualificados se mueve en torno al límite inferior de lo necesario para la supervivencia. Los hijos de aquellos que no tienen ninguna preparación normalmente no pueden aprender una profesión, porque deben empezar a trabajar cuanto antes, y ganar lo más que puedan. Así, los que no tienen preparación reproducen ellos mismos fuerza de trabajo no cualificada. Para la reproducción de la fuerza de trabajo cualificada existen necesidades mayores. En este caso, los niños aprenden una profesión, y así la fuerza de trabajo cualificada reproduce fuerza de trabajo cualificada. Lo mismo vale para el trabajo intelectual. Este carácter de mercancía de la fuerza de trabajo vale también, para Leichter, en el «socialismo». El sostiene:

«En realidad, existen distintos niveles de cualificación y de intensidad del trabajo. Fuerzas de trabajo cualificadas de modo diferente necesitan, para su reproducción, de medios diferentes. Los trabajadores cualificados necesitan más para reproducir su

fuerza de trabajo para el día siguiente o para el año siguiente, ya que sus gastos corrientes son mayores. Generalmente existe la necesidad de medios superiores para formar de nuevo una fuerza de trabajo cualificada en su conjunto, esto es, un hombre con igual nivel de formación y conocimientos cuando quien dispone de una fuerza de trabajo así no está ya en condiciones de trabajar. Todo esto debe ser comprendido en las diversas valoraciones de la fuerza de trabajo». (Leichter, *Ibidem*, p. 61).

Si paralelamente consideramos el análisis marxiano del precio de la fuerza de trabajo en el capitalismo, nos daremos cuenta perfectamente de que los llamados economistas del socialismo no consiguen acabar con el concepto del valor.

«Pero ¿cuáles son los costos de producción de la fuerza de trabajo? Son los costos necesarios para formar al obrero como obrero, y para conservarlo como obrero.

Cuanto menos tiempo se requiera para aprender un trabajo, tanto menores serán los costos de producción del obrero, y tanto más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales donde no se necesita ningún aprendizaje y basta la simple existencia física del obrero, los costos necesarios para su formación se reducen casi exclusivamente a las mercancías necesarias para mantenerlo atado a su trabajo. El precio de su trabajo será por tanto determinado por los medios de subsistencia necesarios...

Del mismo modo, en los costos de producción de la fuerza de trabajo simple, deben estar incluidos los costos de producción, que permiten que la casta de los obreros esté en condiciones de multiplicarse, y sustituir a los obreros deteriorados, con nuevos obreros. El desgaste del obrero entra, pues, en los cálculos, de igual forma que el desgaste de la máquina.

Por tanto, los costos de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los gastos de existencia y de reproducción del obrero. Los precios de estos costos de existencia y de reproducción constituyen el salario. El salario así determinado es lo que se llama salario mínimo. (C. Marx, *Trabajo asalariado y capital*).

Igual que la reproducción de la parte material del aparato productivo es una *función individual* del capitalista, la reproducción de la fuerza de trabajo es una *función individual* del trabajador. Pero como en el comunismo, se convierte en una *función*

social la reproducción de la parte material del aparato productivo, del mismo modo también, la reproducción de la fuerza de trabajo se convierte en una *función social*. Ya no está a cargo de cada individuo sino a cargo de toda la sociedad. El estudio ya no depende de la «cartera de papá» sino que depende solamente de la predisposición y de la conformación física del niño. A quien la naturaleza le haya dotado de factores hereditarios o condiciones excepcionales y tenga, pues, todas las posibilidades de hacer suyas del modo más amplio todas las conquistas de la sociedad humana en el campo cultural, artístico o científico, no será ciertamente el comunismo el que le dé una parte mayor de producto social. La sociedad les da la posibilidad de asumir cantidades ingentes de arte y de saber, pero solamente para rendir a la sociedad, mediante su colaboración en la solución de los problemas culturales, los productos culturales que le han sustraído. La distribución del producto social en el comunismo no es una simple reproducción de la fuerza de trabajo, sino una distribución de todas las riquezas materiales y espirituales que han sido creadas por la sociedad y por su técnica. Lo que quieren los «socialistas» a lo Kautsky, Leichter, Neurath, con sus «niveles de vida», lleva a dar al trabajador no especializado un mínimo para existir definido sobre la base de la fisiología de la nutrición, mientras quienes están por encima devoran lo superfluo. En verdad, éstos no piensan abolir la explotación. *Sobre la base de la propiedad común de los medios de producción, ¡la explotación sigue adelante!*

La reproducción de la fuerza de trabajo para nosotros significa simplemente que el producto social es distribuido de manera uniforme. En el cálculo del tiempo de producción, se considera la cantidad efectiva de horas de trabajo, y todo trabajador sustrae del producto social el equivalente de las horas realmente empleadas.

En el «socialismo de los niveles de vida» los productores dan su fuerza de trabajo a una gran e indefinible *cosa*, que de manera eufemística, se llama «sociedad». Sin embargo, cuando esta *cosa* aparece, se trata de un elemento ajeno a los productores, que rápidamente se coloca por encima de ellos, los explota y domina. Es el dominio efectivo mediante el aparato productivo, en el cual los mismos productores son solamente considerados elementos materiales de la producción.

IV

EL TIEMPO DE PRODUCCION SOCIALMENTE MEDIO COMO BASE DE LA PRODUCCION

1. La definición de Kautsky

El escrito de Leichter es particularmente interesante debido a las investigaciones que demuestran cómo la hora de trabajo socialmente medio, es realizable efectivamente en la producción comunista, aunque la hora de trabajo realmente efectuada no se tome como base de la distribución. Por lo que respecta a la unidad de medida, está bastante adelantado respecto a sus colegas, expertos en materia de economía marxista, Neurath y Kautsky. Block, economista burgués, define la tentativa de querer abolir el dinero como ingenua, y considera excesivo el extenderse hablando del tiempo de trabajo; todo esto se encuentra en su escrito *Die marxistische Geldtheorie* p. 214.

Kautsky considera teóricamente posible, pero prácticamente irrealizable el cálculo del tiempo de trabajo porque, en una sociedad socialista, siendo necesaria una medida de valor para la contabilidad y las relaciones de cambio, no se puede dejar de tener en cuenta el dinero. Además, éste debe continuar sirviendo como medio de circulación (v. Kautsky, *op cit.*, p. 318). Kautsky, que hasta ahora nos ha mostrado el concepto de valor como categoría histórica —que debe desaparecer junto al capitalismo—, —Kautsky, *Karl Marx Oekonomische lehre* (La doctrina económica de K. Marx p. 21), ha sido tan sacudido por las críticas burguesas de Weber y por la praxis de la revolución rusa, que piensa que debe eternizarse el concepto de valor²¹.

²¹ Escrito en 1886, este libro tuvo muchas ediciones.

Kautsky, mediante la crítica del comunismo que sostenía que ante todo este necesitaba una unidad de cálculo, se colocaba fuera de su problemática teórica. No podía ya permanecer vinculado a la antigua hipótesis de que el «valor» debería desaparecer junto al capitalismo. Las cosas se aclaraban, y efectivamente servía la necesidad de una unidad de medida.

Y ya que Marx había dicho que en la economía comunista lo primero que desaparece es el capital-dinero, era necesario examinar más atentamente la hora de trabajo socialmente medio, que había sido propuesta como unidad de medida por Engels en el *Antidühring* y por Marx en *El Capital* y en los *Randglossen*. Conocemos ya los resultados a que le condujeron sus investigaciones, y vale la pena ver adonde lleva la imposibilidad de realizar el cálculo del tiempo de trabajo según Kautsky.

Ya hemos señalado el hecho de que la idea corriente del desarrollo hacia el comunismo era ésta: que el capitalismo con su concentración se cava solo su fosa. Hilferding indagó las consecuencias de la concentración total de las empresas suponiendo que toda la sociedad estuviese organizada en un trust gigantesco, un cártel general. Dentro de este cártel imaginario no hay mercado, ni dinero, ni precios. De esta manera se alcanzaría realmente la *sociedad sin dinero*.

Dentro de este trust, la producción es un conjunto cerrado. Los productos, en su fabricación, pasan del estado natural al estado acabado a través de las diversas empresas. Así, por ejemplo, se verifica que el carbón y el mineral de hierro pasan por los altos hornos; el producto de estos, hierro y acero, por las fábricas de maquinaria, que entregan las máquinas a las fábricas de productos textiles, de las cuales salen precisamente productos textiles como producto final. En la peregrinación de productos de una empresa a otra, miles y miles de trabajadores de todas las industrias posibles han colaborado en crear el producto final. ¿Cuánto trabajo está contenido finalmente en el producto?

Esta es la formulación del enigma de Kautsky; él desesperó ante esta tarea inhumana. Teóricamente se debe poder encontrar la solución, pero ¿prácticamente? No, es imposible «calcular para todo producto el importe del trabajo que ha costado desde el principio hasta el fin, junto al transporte y otras operaciones colaterales» (*Die proletarische Revolution*, p. 318). «La valoración de las mercancías basada en el trabajo que contienen es imposible,

incluso con el más gigantesco y completo aparato estadístico» (*Ibidem*, p. 321)²².

Y Kautsky tiene toda la razón porque, de esta manera, es imposible.

2. La definición de Leichter

Pero este tipo de producción existe solamente en la imaginación de Kautsky y de los teóricos de la economía natural, que quieren dominar la economía desde una posición central. Y por eso, llegan a decir que cada empresa no debe llevar autónomamente la exacta contabilidad del proceso de producción en su interior. Las partes de los trusts, sin embargo, producen como si, en cierto sentido, fueran independientes, por la simple razón de que de otro modo toda producción «planificada» sería imposible. Aún en relación con la racionalidad de la empresa, esto es obvio. Por eso, la presencia de una unidad de medida lo más exacta posible es la condición necesaria para la circulación sin dinero dentro de un trust. «Existen y existirán relaciones entre los distintos lugares de la producción en el mundo mientras exista una división del trabajo, y la división del trabajo, en este sentido, se desarrollará más con los progresos de la técnica» (Leichter, *op. cit.*, p. 54). «Todos los presupuestos materiales de la producción: los productos semi-acabados, las materias primas, las materias auxiliares, que son utilizadas por la empresa que las trabaja con otros, son valorados, facturados» (Leichter *Ibidem*, p. 68). «Los magnates de los cárteles o mejor, en una sociedad socialista, los jefes de toda la economía, no dejarán que diversas empresas con idéntico programa produzcan con métodos distintos y costos diferentes. Esto podría ser un reclamo para que los empresarios débiles se dejen tragar de buena gana por el capitalismo, puesto que esperan que

²² La cita exacta de Kautsky dice: "Lo que el aparato estadístico más enorme y perfecto no puede hacer— valorar las mercancías según el trabajo contenido en ellas— lo encontramos dado en los precios como resultado de un largo proceso histórico. tal expresión del valor no es ciertamente perfecta ni exacta, pero es la única base para un funcionamiento, lo más regular e ininterrumpido posible, del proceso de circulación"

dentro del cártel su empresa logre la organización reconocida como más funcional, los mejores métodos de fabricación y los mejores empleados para el incremento de la productividad empresarial. Por esto, es necesario considerar todas las empresas por separado, tanto en una economía de tipo capitalista como en una socialista, hacer como si todas las empresas tuvieran un empresario distinto que quisiese aclarar los resultados económicos de la producción. En los cálculos internos de un cártel rige por tanto una exactitud extrema y el creer que dentro de un cártel las mercancías se mueven sin una regulación tan rígida, y que las empresas dedicadas a tipos de producción diferentes no distinguen muy bien entre «tuyo» y «mío», todo esto forma parte de una concepción del capitalismo y también del socialismo, basada evidentemente en la desinformación» (Leichter, *Ibidem*, p. 52-53).

Desde este punto de vista, la irrealizable valoración del trabajo contenido en un producto aparece bajo una perspectiva completamente distinta. Lo que es imposible para la dirección productiva de Kautsky, esto es, establecer cuánto tiempo de trabajo reificado ha asumido el producto en su largo camino a través del proceso productivo constituido por el trabajo parcial, es posible de manera muy precisa para los productores. El secreto está en el hecho de que cada empresa está guiada y dirigida por su «organización de empresa» como unidad independiente, igual que en el capitalismo. «A primera vista parecerá que todos y cada uno de los lugares de producción son independientes, pero un examen más atento nos descubre el cordón umbilical que liga a cada empresa con el resto de la economía y con su dirección.» (Leichter, p. 100). Mediante una cadena de trabajos parciales toda empresa crea un producto acabado que puede entrar en otra empresa como medio de producción. Y cada empresa puede calcular muy bien el tiempo medio empleado en un producto según la fórmula (mp + mat. pr) + ft. En nuestro ejemplo citado antes, un par de zapatos venía a costar 3,125 horas de trabajo. El resultado de una valoración así de la producción de una empresa da una media de empresa que expresa cuántas horas de trabajo están contenidas en un par de zapatos, una tonelada de carbón, un metro cúbico de gas, etc.